

Concepción CAMPOS LUQUE

Las cigarreras malagueñas. Tecnología, producción y trabajo en la Fábrica de Tabacos de Málaga

Madrid, Fundación Altadis, 2004, 309 pp.

La multinacional hispano-francesa *Altadis*, heredera de las antiguas *Tabacalera* y *Seita*, ha publicado recientemente el libro de Concepción Campos que aquí se reseña y que hace el número 4 de una colección dedicada a obras que guardan relación con el ámbito del tabaco, sobre todo desde perspectivas económicas e históricas, aunque sin descartar otras aproximaciones. La serie se inició con la investigación de José Manuel Rodríguez Gordillo, de la Universidad de Sevilla, sobre la formación del estanco, al que siguió un espléndido estudio sobre la fiscalidad comparada de la hierba en la Unión Europea cuyo autor es Óscar Bergasa, economista de la Universidad de Las Palmas. Previamente, la empresa había financiado la edición de varias publicaciones sobre las fábricas de Madrid, Sevilla, La Coruña y Valencia, así como una historia de la *Compañía Arrendataria de Tabacos* y de *Tabacalera*, y un trabajo sobre el mercado del tabaco en el siglo XVIII del colectivo GRETA, integrado por un nutrido grupo de especialistas de diversa adscripción académica. En breve será publicada la investigación de Montserrat Gárate sobre la fábrica de San Sebastián y la de Luis Arias y Ángel Mato sobre la de Gijón. De este modo, la empresa cierra un círculo que comprende la historia de las antiguas fábricas, hoy desaparecidas, y que desempeñaron un papel significativo en la tradición industrial de la firma.

El estudio que nos ocupa aquí está dividido en dos partes. En la primera, que sirve en realidad de introducción, se exploran los orígenes de la última factoría integrada en el monopolio español, la de Málaga, que experimentó varios alumbramientos malogrados, derivados de las circunstancias cambiantes de la Renta y la coyuntura política, en 1829, 1884 y 1921. En esta última fecha se construyó un espléndido edificio, ejemplo clásico de arquitectura industrial, dotado de los avances tecnológicos de la época. Sin embargo, tras su construcción, la *Compañía Arrendataria*, gestora del monopolio, transformó el uso de la factoría para Centro de Fermentación de Tabacos, actividad en la que se mantuvo entre 1929 y 1977.

La segunda parte, de mayor contenido y alcance, consta de cinco capítulos en los que se presenta la investigación propiamente dicha sobre la factoría (especializada únicamente en la elaboración de cigarros puros), sus encadenamientos en el conjunto del monopolio español y, también, su trayectoria en el ámbito de la economía local. Tras aclararnos su complicado proceso de creación y su transferencia a *Tabacalera*, acordada en 1974, en el capítulo tercero se abordan las cuestiones relativas a su evolución tecnológica, constituyendo, desde mi punto de vista, el mayor valor añadido de la obra. Se estudia, en primer lugar y a grandes rasgos, el proceso de innovación que, en el caso de los cigarros puros, apenas experimentó modificaciones

hasta los años treinta, al contrario de lo que había sucedido con el cigarrillo, cuya tecnología emergió ya hacia mediados del siglo XIX y se fortaleció hacia finales de la centuria con la conocida *liadora* de James Bonsack. Campos pasa revista a los principales hitos de la evolución tecnológica mundial, desde la invención del *tirulo* mecánico, es decir, el producto resultante de liar la picadura en una hoja de tabaco, en los años treinta, a la introducción de la bobina continua que suministraba la *capa* que daba la presentación final al cigarro. Todo ello había permitido incrementar la producción de manera considerable entre los años treinta y sesenta. Sin embargo, la crisis de 1973, que encareció de manera extraordinaria los costes de las materias primas, se convirtió en gran medida en un estímulo para la innovación. La carestía de la hoja fue en parte salvada con tecnologías que mejoraron su aprovechamiento, eliminando al máximo los recortes y residuos. Por lo que respecta a los procesos previos a la confección de los cigarrillos, la selección de la hoja dejó de apoyarse en las habilidades y la capacitación profesional de las especialistas y comenzaron a imponerse el escaneado óptico y electrónico.

Pero interesa sobre todo destacar cómo durante los ochenta se establecieron políticas comunes por parte de la Comunidad Europea, que permitieron eludir el incremento del coste del factor trabajo y evitar en parte la deslocalización de las tabaqueras europeas hacia áreas de salarios bajos, como el sudeste asiático (Filipinas, Indonesia, Sri Lanka) o América central (Santo Domingo). Fue, precisamente, en este marco comunitario donde las empresas buscaron soluciones tecnológicas a sus problemas de escasez y encarecimiento de *inputs*, con innovaciones que mejoraron la productividad y redujeron costes. Todo ello se mantuvo inserto en el proyecto ESCAPE, entre 1986 y 1989, dentro del programa Eureka que subvencionó la iniciativa, en la que participaron las ocho mayores firmas del sector francesas, inglesas, danesas y holandesas junto con la española *Tabacalera*. Uno de los resultados de la investigación fue el desarrollo de las bobinas de hoja, que permitieron envolver el *tirulo* de manera continua mediante una *capa*. También resultó relevante el diseño de una máquina que fabricaba un *tirulo* continuo, que luego se cortaba en función de la longitud del cigarro.

Pero lo más significativo es reseñar que en este proyecto europeo participó casi desde sus inicios la factoría malagueña, que nunca había perdido ese carácter experimental que *Tabacalera* le había conferido, juntamente con la de Logroño en lo referente a los cigarrillos. En conjunto, el resultado fue ambivalente en la medida en que logró crearse un sector europeo muy competitivo —*Altadis* es hoy el primer fabricante mundial de cigarrillos puros—, evitándose la deslocalización hacia áreas de menores costes laborales. Sin embargo, el aumento de la productividad derivada de los avances tecnológicos no logró impedir, paradójicamente, el cierre de casi todas las factorías españolas —y francesas—, entre ellas la propia liquidación de la fábrica de Málaga. Los capítulos cuarto y quinto dan buena cuenta, con un gran derroche de

cuadros estadísticos, de estas mejoras productivas y de la evolución del empleo hasta la desaparición de la factoría.

Por lo que respecta a los aspectos formales del libro, llama poderosamente la atención, en un momento en que gran parte de la industria editorial, en su carrera por la reducción de costes, nos presenta productos de baja calidad, que la obra que nos ocupa constituya una feliz excepción. *Las cigarreras malagueñas* resulta todo un referente de cómo las empresas editoras pueden ofrecer un texto con papel decente y blancos abundantes, con empleo de diseño y de color sin caer en lo vulgar o en la astracanada y, lo que es tanto o más interesante, realizado a precios razonables.

Luis Alonso Álvarez
Universidad de A Coruña